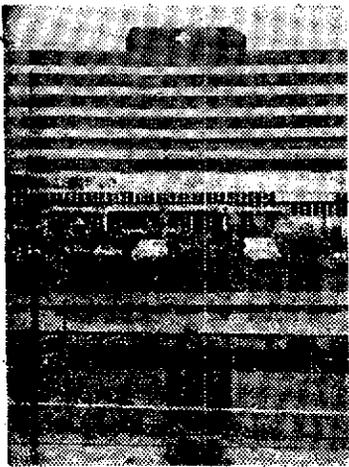


# Opinión



## Fallos sanitarios

EL informe de la junta facultativa de la Residencia Sanitaria "Ramón y Cajal" de Madrid, es sencillamente desolador. Lo más natural es que el ciudadano, el usuario que lea tales cosas se escandalice cuando los gobernantes le dicen después que no hay dinero y que hay que apretarse el cinturón, aunque añadan la frasecita "comenzando por la Administración pública". Pero, ¿cuándo vamos a tener constancia los ciudadanos de que esa frase se lleva a la práctica, y se comienza de una vez una limpieza de despilfarros con el dinero público? Seguramente veríamos brotar muy consoladoras partidas de miles de millones de pesetas.

En septiembre de 1980 lanzamos la voz de alarma sobre un caso semejante al del "Ramón y Cajal": sólo el silencio nos respondió. Pero no somos nosotros los que inventamos estos informes. Es la inspección, o la misma clase médica y el personal facultativo que piden [hay que admirarse más aún si se piensa en la cantidad de parados que hay en España! "trabajar más" y que les dejen trabajar con mayor eficacia. No hace mucho, el presidente del Consejo General de Médicos, se quejaba: "¿Qué puede esperar este presidente que, en los cuatro años que lleva en el cargo, ha conocido cuatro ministros y una infinidad de secretarios de Estado, subsecretarios y directores generales?"

Este periódico, al denunciar estos graves fallos sanitarios, no pretende —como algunos interesadamente hacen circular— cargarse la seguridad social. Pretende, mal que le pese a algunos intereses muy particulares, que la Seguridad Social funcione, que buen dinero nos cuesta a todos. Y se escandaliza de que cuatro ministros hayan podido entretener sus mandatos esperando la reforma sanitaria global (muy necesaria, por supuesto), pero descuidando la administración ordinaria y el funcionamiento de los recursos disponibles. Si no se hace lo menos, ¿qué confianza nos queda en que se hará lo más?

## El aldabonazo

Por Aquilino Duque

EN tiempos de la restauración, e incluso antes de la "Gloriosa", cada vez que la cosa pública andaba de cabeza porque los hombres públicos andaban a la greña, el Ejército daba un toque de atención, hacía una llamada a la responsabilidad, que en el lenguaje de la época se denominaba un aldabonazo en las puertas de palacio. Comoquiera que en España hemos retrocedido políticamente en estos últimos años al siglo XIX, la noche del 23 de febrero último volvió a sonar el aldabón, y tan fuerte, que resonó portones de las comunidades europeas. Los hombres públicos europeos, que de pronto descubrirían dónde estaban los poderes reales —los poderes fácticos—, que dicen los cursis—, así que se vieron fuera de apuros, acudieron a palacio para salvar a España, valga la expresión de fortuna, y salvaguardar los poderes imaginarios, razón de ser de su vida política.

Lo ocurrido se redujo al ámbito de la España oficial y tuvo unos protagonistas pasivos, las instituciones imaginarias, y unos protagonistas activos, las instituciones reales. La España real quedó al margen, en actitud expectante y curioso, a ver en qué quedaba aquella nueva versión de "Morena Clara". El pueblo digno claramente, se abstuvo una vez más, como si aquello no fuera con él, por más que los políticos que veían sus carreras en peligro, poseídos súbitamente de un insólito patriotismo, llamara a esa abstención «serenidad y calma».

Dicen que el aldabonazo fue una cosa grave, y hay quien proclama, con énfasis tribunicio, que fue nada menos que «un atentado contra el pueblo». Ojalá todos los atentados que hoy sufre el pueblo fueran como aquel. Para el pueblo, para la España real, el aldabonazo fue una inmensa broma que dio una realidad tragicómica a los monótonos ritos de la España oficial. Ese aldabonazo, que dio pie al pueblo para exhibir su ingenio a costa de sus presuntos representantes. Dio pie a ciertos intelectuales, una vez el tricornio en el desolladero, para acreditar su bajeza moral. No hubo un sólo fregol de nuestra intelectualidad que no mostrase entonces una bravuconería directamente proporcional al cangulo de la noche de autos. Yo esto siento tenerlo que decir, porque si los intelectuales tenemos alguna misión social es la de servir de canal de comunicación entre el país oficial y el país real para que ambos se aproximen y coincidan en la medida de lo posible.

Existe efectivamente, siempre han existido, dos España: la España real, y la España oficial. La España real es, somos, los españoles, el pueblo, como se nos quiera llamar; la España oficial es la integrada por instituciones reales e instituciones imaginarias. Ya que la hora histórica nos impone el mantenimiento de instituciones imaginarias, conviene que éstas, si quieren mantenerse, no pierdan de vista que la España real sólo toma en serio a las instituciones reales. Así que a realizarse tocan.

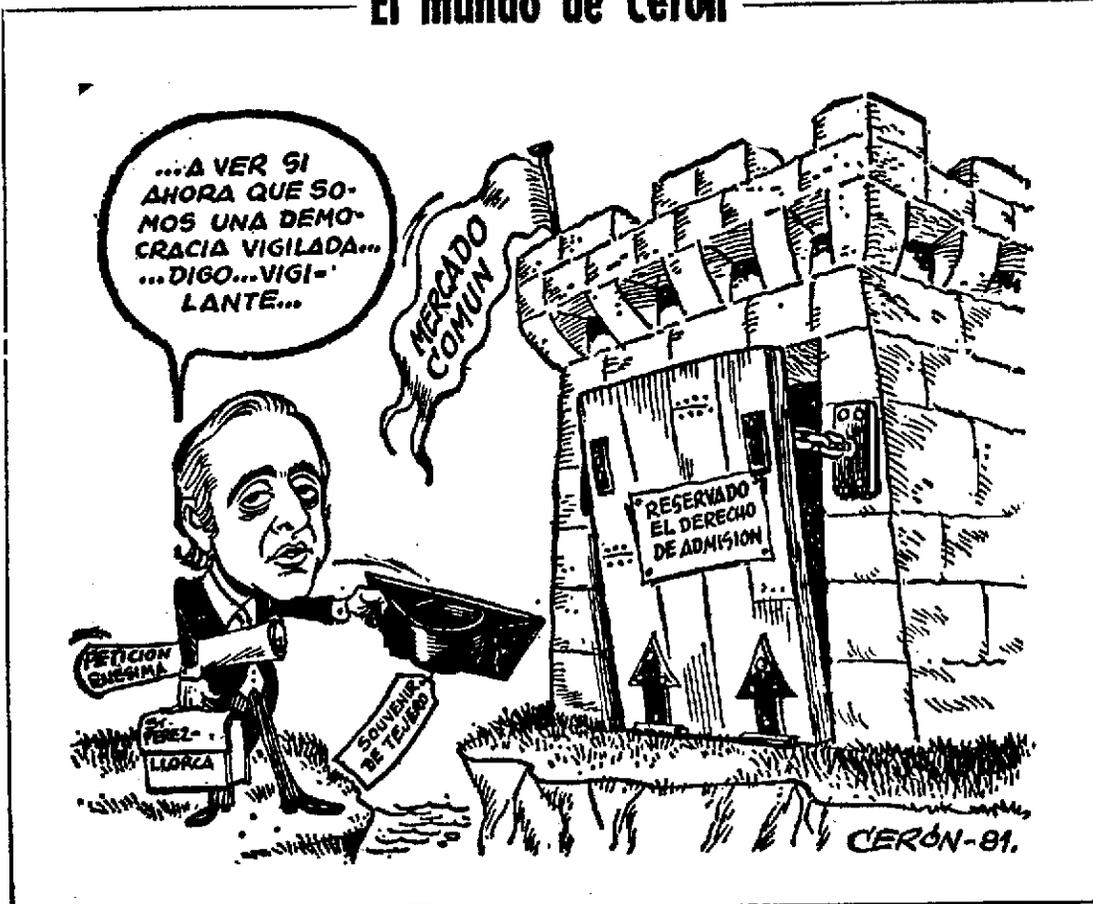
## El revólver de la primera dama

Por José Antonio Jáuregui Oroquieta (\*)

SI hubiese que definir la democracia por la posibilidad que tiene cualquier ciudadano de hacerse con un revólver, habría que definir a los Estados Unidos de América como un país en verdad democrático: one man, one gun («cada uno su revólver»). Los ingleses alimentan su orgullo tribal en el hecho más bien singular de que ni siquiera sus policías llevan consigo un arma de fuego (aunque no siempre y menos de lo que presupone este mito del policía asistente social). En este país que se denomina superpoder, por haber logrado salir de la «barbarie primitiva» de las fechas de los indios y entrado en la «era civilizada» y en la «era nuclear» se alimenta el orgullo étnico en el hecho de que todo ciudadano puede llevar y sabe manejar un revólver. En ningún país del mundo en ninguna época de la humanidad, parece el ser humano disponer de tanta libertad y facilidad para comprar y llevar consigo un revólver como en Estados Unidos. Tampoco queda rezagada esta comunidad territorial en el juego de matar a presidentes. No puede probablemente superar el record romano de asesinar al jefe de Estado en plena sesión parlamentaria (sacrilegio democrático por excelencia), o bien el record español de hacer volar por el aire al presidente del Gobierno (asesinato surrealista que supera el pincel tremendista de Goya), pero los asesinatos de los Kennedys y de varios otros presidentes superan las escenas violentas de las calles de San Francisco y de todos

los filmes y telefilmes que exportan a otras tribus la democracia de votos y pistolas made in USA. No todos los estadounidenses están, sin embargo, de acuerdo con esta singular «libertad» de adquirir cada quisque su propio revólver o fusil. Los ingleses vienen discutiendo entre ellos —a veces acaloradamente— en una polémica multiseccular que no cesa en torno a la tradicional caza del zorro, los españoles en torno a la tradicional caza del toro y los estadounidenses en torno a la tradicional —en Hollywood y en Dallas (telefilme y asesinato de Kennedy)— caza del hombre (con revólver o con fusil). Hace poco se comentó mucho en la prensa la noticia o rumor de que la primera dama de este país acostumbraba a dormir en la seguridad de una almohada protegida con un pequeño revólver muy caprichoso. Se levantó una pequeña polvareda de protestas en caricaturas, cartas, artículos y comentarios. En el encuentro de Reagan con Portillo, apenas nombrado aquel primer varón en la monarquía protestante de USA, hubo un intercambio de regalos: un libro (de parte del presidente de México) por un fusil. La polémica de las dos Norteaméricas se avivó de nuevo con este gesto simbólico que fue ridiculizado por unos y aplaudido por otros. El asesinato de John Lennon echó una vez más leña al fuego de esta multiseccular polémica. Pero el revólver sigue gozando de buena salud. Sigue en pie la caza del zorro en Inglaterra, el torero en España y la caza del hombre en Estados Unidos. No se puede afirmar alegremente que tal tribu o sociedad territorial sea más bárbara, más salvaje o más cruel que otra, aunque de hecho se afirme incluso en círculos académicos. En cada sociedad territorial —la de los «indios»— o la de los estadounidenses que les enseñaron la democracia a limpio tiro, florece la civilización y la barbarie. «No quiero ver las noticias en este país, porque es como leer el Casón», me han comentado varios españoles que llevan en este país todavía poco tiempo para haber digerido o tragado ciertas cosas. Siempre ha existido la España de Fray Luis de León en juego dialéctico con la España de la Santa Inquisición. Sigue floreciendo en el jardín inglés la elegancia ética de Tomás Moro y el espíritu sanguinario de Enrique VIII que tortura y mata a quien acaba de decir: «I love You» («te quiero»). en Estados Unidos la verdadera estatua de la Libertad que se yergue a gran altura tal vez se llame Martín Lutero King. Tal vez sea éste el primer norteamericano de todos los tiempos cuya vida y muerte ennoblecen a toda la familia humana. El espíritu de Martín Lutero King es juego dialéctico con el vaquero arrogante y su pistola parece seguir construyendo y destruyendo esta enorme colmena humana.

## El mundo de Cerón



(\*) University of Southern California, Los Angeles, USA.